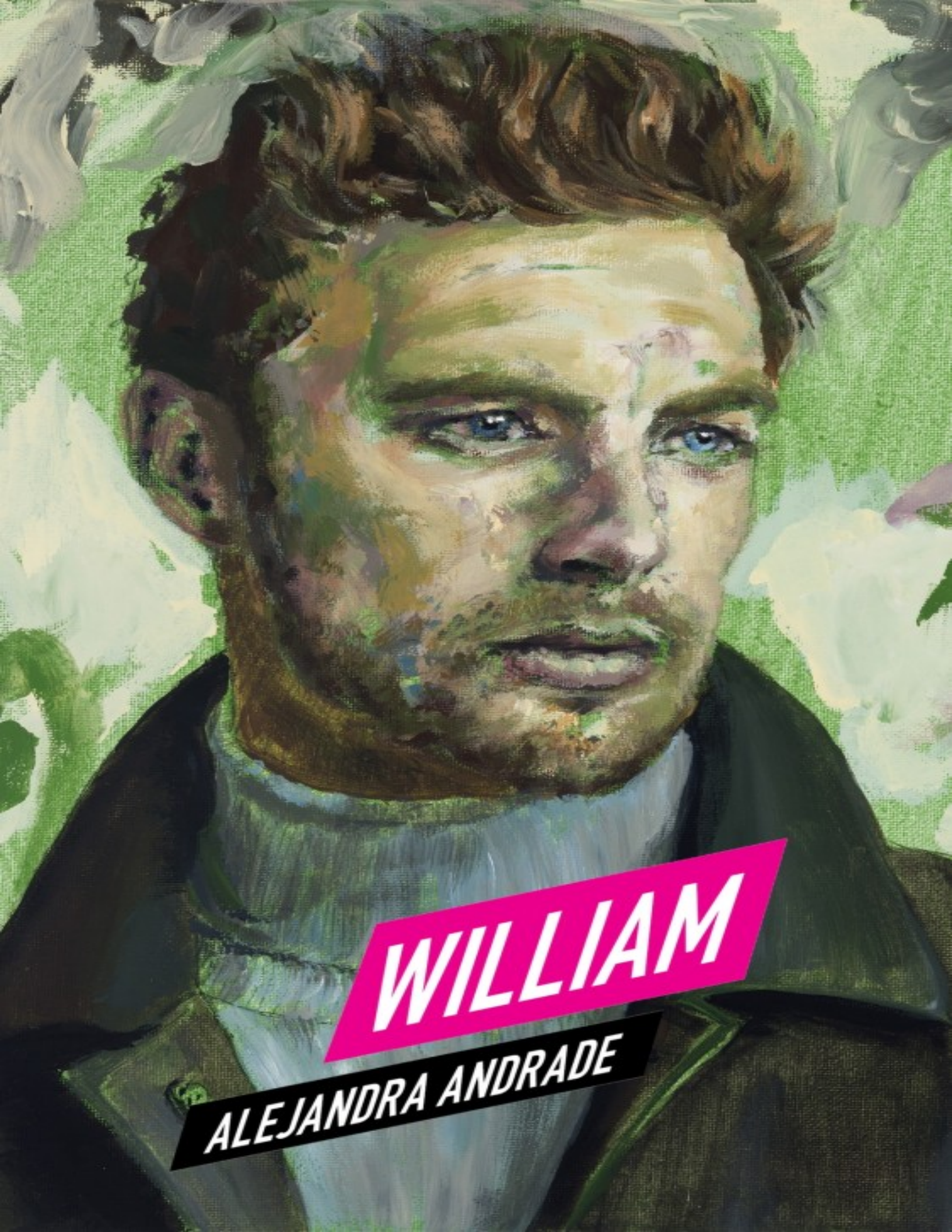

WILLIAM
ALEJANDRA ANDRADE

WILLIAM

CONTENIDO BONUS

SERIE MOONSTRUCK

ALEJANDRA ANDRADE


WILLIAM
ALEJANDRA ANDRADE

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Copyright © 2026 Alejandra Andrade

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni utilizada de ninguna manera sin el permiso por escrito del titular de los derechos de autor. Ningún contenido de este documento puede ser utilizado para el entrenamiento de inteligencia artificial ni puede ser introducido en ningún tipo de software de IA.

Para más información, dirigirse a: alejandra@alejandra-andrade.com

Arte de portada por: Sulamit Elizondo

Para ti, que estás obsesionado/a con William.

ÍNDICE

1. Primer Encuentro
2. Solsticio de verano

Agradecimientos
Acerca del Autor

1

PRIMER ENCUENTRO

MI TELÉFONO no ha dejado de vibrar todo el día con mensajes insistentes de Erin, que sigo dejando sin responder, y están a punto de agotar la batería.

¿Cómo demonios volví a permitirme caer en esta situación? Enamorándome después de pasar incontables noches sin dormir y madrugadas en el set, coqueteando en nuestros tráilers.

Más de lo mismo.

Patético.

Al apagar mi teléfono, me prometo no salir de manera formal con ninguna coestrella, celebridad o seudomodelo. Ni con nadie por el momento.

Estoy harto de esta mierda falsa.

Suficiente tengo lidiando con la superficialidad intrínseca al mundo de Hollywood, pero ¿que me pongan el cuerno? ¿Y Erin Powell? Después de que me rogó incontables veces que la invitara a cenar y formalizáramos nuestra relación. Fueron semanas y semanas saliendo en grupo, manteniendo conversaciones superficiales sobre sus ambiciones mediocres y sexo casual. Buen sexo, pero que rápidamente se volvió aburrido, mecánico y predecible.

Y aun así, en algún punto sobre la marcha, empecé a encariñarme con ella, pensando, bueno, es agradable, se preocupa

por mí, y qué gran ventaja que entienda la industria. Y, claro, es hermosa, al estilo molde prefabricado, aunque igual de impactante.

Así que pasé por alto las cosas que me resultaban desagradables e ignoré la falta de estimulación emocional e intelectual que necesitaba para realmente disfrutar de mi tiempo con ella y querer conocerla mejor.

En cuanto su estatus de celebridad pasó de apenas perceptible a consolidarse y las ofertas de trabajo comenzaron a llegar por asociación, se le subió a la cabeza. Fue entonces cuando Chad Rodgers, su actual coestrella, de pronto le pareció un lujo que podía permitirse.

Hasta que me enteré.

A pesar de múltiples confirmaciones de personas de confianza, ella niega haberse acostado con él y afirma que es él quien la persigue. Promete que me extraña y toda esa mierda tóxica que sigue intentando promover a través de mensajes después de que dejé de contestarle las llamadas. Bloquearla solo empeoraría las cosas. Pero lo haré si es necesario.

De todas formas, nunca fue real entre nosotros.

A mis veintiséis años, puedo decir con certeza que lo más cercano al amor verdadero que he experimentado fue Astrid, mi novia de la preparatoria. Era una brillante violonchelista. Fue admitida rápidamente en el Programa de Licenciatura en Música con especialización en Interpretación Clásica en la Universidad de Gotemburgo. Pero le rompí el corazón después de negarme a mudarme a aquella ciudad con ella, como le había prometido, y en su lugar, empecé mis estudios culinarios en Estocolmo.

—Solo estaremos a tres horas en tren —le insistí.

Pero ella terminó conmigo de forma abrupta, alegando que había traicionado su confianza.

Me destrozó sobremanera. Pero ¿cómo iba a renunciar a mi pasión por convertirme en chef? Podríamos haber hecho funcionar la relación a distancia, pero ella era una cosita terca y orgullosa que siempre se salía con la suya.

Algo me dice que igual habríamos terminado. Sobre todo después de que dejé mis estudios de forma repentina, cuando

estaba a nada de graduarme, para dedicarme a la actuación.

Salí con innumerables mujeres después de Astrid, comparándolas de manera inconsciente con la dulzura y la inocencia confiada que definían su esencia, mezcladas con su encantadora terquedad, solo para darme cuenta de que chicas como ella ya no orbitan el mundo en el que vivo. Incluso si inevitablemente termino encariñándome con aquellas que parecen más transparentes y honestas que el resto.

Mi brújula de discernimiento está rota desde hace tiempo. La verdad es que no creo ser capaz de preocuparme por algo que no sea de mí mismo, mi familia y mi carrera. Por más que siga fingiendo lo contrario. Al final, salir con alguien me ha demostrado ser nada más que una distracción.

Con Erin, por ejemplo, fue lujuria a primera vista. Me engañé creyendo que nuestra relación podría funcionar porque ella interpretó bien su papel. Después de todo, resulta que salió buena para la actuación.

Y por más que todos, incluido mi orgullo herido, sigan diciéndome que puedo tener a quien quiera, deja de ser divertido cuando te persiguen como resultado de una fantasía delirante que la gente se ha construido sobre ti, en lugar de verte por quien realmente eres.

Pero no soy ninguna víctima. Le he sacado bastante provecho a la fama y he disfrutado de sus placeres, y ahora no queda un alma sobre la faz de la Tierra que, al verme, no vea al actor, a la celebridad, al rostro pegado en todo Times Square y en diversos anuncios de perfumes y moda.

Lo que comenzó como una meta, un reto y la persecución de mi idea de éxito se ha convertido en un sueño del que no logro despertar. Una parte enferma de mí lo disfruta de todos modos, porque mi familia estaba destinada a esto.

No doy por sentado el poder compartir esta experiencia con mis hermanos. Esta industria es voluble y puede aplastarte tan rápido como te lleva a la cima, así que lo mejor es disfrutar de la gloria mientras dure.

Eso es algo que aprendimos de nuestro padre: a ser cuidadosos con el dinero. Sí, a veces no sé qué hacer con tanto, pero invertir en bienes raíces me ha brindado tranquilidad financiera. A pesar de ser bueno en lo que hago, la idea de lo que podría haber sido si hubiera continuado con mi carrera culinaria me sigue acechando en los rincones polvorientos y oscuros de mi mente. Quién sabe si algún día cederé a esos impulsos.

Lo dudo.

Mi orgullo está demasiado herido como para quedarme atrapado en el pasado. Mi enfoque en este preciso momento está completamente en lo estúpido que fui al involucrarme con Erin en primer lugar, aunque Warren, mi publicista, hizo un trabajo bastante decente al mantener los detalles de nuestra ruptura fuera de los sitios y revistas de chismes. A pesar de que al principio pensé que estaba loco, su idea de firmar un acuerdo de confidencialidad con cada chica con la que he salido ha resultado más útil de lo que esperaba.

Es un ganar-ganar para todos. En este caso, Erin mantiene intacta su imagen de niña buena mientras mi ego se revuelca en la privacidad y comodidad de mi casa.

—Mierda —murmuro, recordando que acordé comprar algunas cosas en la tienda para la reunión familiar.

—¿Todo bien, señor? —pregunta Cooper, mi chofer, mientras nos dirigimos a casa desde el aeropuerto. Llevo un poco más de dos meses fuera, filmando, y mi familia quiere darme la bienvenida como se debe, lo que significa que quieren que cocine algo para ellos.

Estoy cansado a más no poder, pero cocinar siempre me ayuda a despejar la mente, así que mejor me doy el gusto.

—¿Podríamos parar en John’s Deli? —digo, quitándome las gafas de sol para pasarme una mano por la cara.

—Sí, señor.

Puede que Cooper sea demasiado joven para ser mi chofer. Apenas cumplió veintidós, por el amor de Dios. Pero ha demostrado ser leal, discreto y muy enérgico, lo cual resulta conveniente para mis salidas nocturnas. Además, le urge el dinero y yo le pago bastante bien, así que hemos hecho un buen equipo.

—¿Puedes llamar a la tienda y avisarles que vamos en camino para que me reciban por la entrada trasera? Mi teléfono murió.

Encenderlo de nuevo no es una opción si quiero relajarme antes de llegar a casa.

—Enseguida, señor.

Le he pedido a Cooper incontables veces que me llame William, pero parece físicamente incapaz de pronunciar mi nombre. Así que dejé de intentar convencerlo y me he acostumbrado a que alguien que apenas es cuatro años menor que yo me llame «señor».

Normalmente me quedo en la parte trasera de la tienda y platico con los empleados mientras alguno de ellos recoge lo que necesito. Es más fácil que hacerlo yo mismo y arriesgarme a que los clientes me reconozcan.

En ocasiones me aventuro al área principal. La gente suele dispersarse rápido si no está muy concurrida. Me piden una selfie o un autógrafo y luego se van. Pero cuando se forma una multitud, a la gente le resulta más fácil quedarse y rodearme hasta el punto en que se vuelve imposible moverme. Y hoy es uno de esos días en los que definitivamente no estoy de humor para nada de eso.

Completaron mi pedido con rapidéz. No había muchos artículos en mi lista. Fueron solo un par de bolsas de papel con todo lo bueno y necesario que no puede faltar esta noche.

Cuando Cooper se estaciona en la acera y se apresura a sacar mi equipaje de la cajuela, me bajo del coche sosteniendo las dos bolsas de la tienda.

—¡Billy! —grita Tobias desde el lobby. Está junto a Eric y a una joven pelirroja que nunca había visto. Senad, nuestro portero, sale apresurado con un carrito para ayudar a Cooper a cargar el equipaje.

—¡Imbecil a la vista! —grita Eric con una risita mientras coloco las dos bolsas en el carrito. Amo a mis hermanos con locura y siempre me alegra verlos, pero mi mal humor me incita a ignorarlos unos segundos más.

Es hora de entrar.

Me bajo un poco las gafas y le pregunto a Eric:

—¿No deberías estar en la escuela?

Lo despeino y empujo mis Ray-Bans de vuelta en su sitio mientras responde con un gruñido. Se arregla el cabello con rapidez mientras mira a la pelirroja, como si esperara su veredicto sobre la situación. Pero, por supuesto, su atención está fija en mí. No sonríe nerviosa como suelen hacer las chicas jóvenes en mi presencia. En cambio, tiene el ceño ligeramente fruncido.

Desearía poder subir a mi departamento en paz sin tener que conocer gente nueva. Ni siquiera si es tan linda y huele tan bien como ella.

—Billy, esta es Billie —dice Eric con una risa tonta ante la coincidencia.

Vaya, vaya.

Caigo en la cuenta de que debe ser nuestra nueva vecina, la "pelirroja hermosa" de la que Eric no deja de hablar en el chat grupal de los hermanos Sjöberg, que apenas he revisado estas últimas semanas.

Me quito las gafas de sol y me las engancho en el cuello de la camiseta. Por primera vez desde que llegué, realmente observo a la chica, recorriéndola con la mirada, curioso por lo bien que guarda la compostura en mi presencia. No está sonriendo como boba, ni pestañeando, ni sacando el teléfono para pedirme una selfie. Es raro y sospechoso, pero aun así lo agradezco.

—Encantada de conocerte —dice con sequedad, dando un paso al frente para ofrecerme la mano. Pero Senad aparece de la nada, apresurado, con el carrito de servicio detrás de ella, así que la aparto de un empujón para evitar que la atropelle.

—Cuidado —digo, haciendo una mueca por la brusquedad de mi tono.

—Mis disculpas, señorita —añade Senad, deteniéndose un momento antes de seguir empujando el carrito hacia los elevadores con un leve movimiento de cabeza, claramente avergonzado.

De inmediato me arrepiento del tono que usé con ella, sobre todo porque su mano sigue extendida, el gesto congelado desde el momento en que Senad casi la arrolla.

Su ceño se frunce aún más al bajar la mano, pero ya es demasiado tarde para estrechársela.

—Lo siento —dice rápido—. No me di cuenta de que el carrito venía hacia mí.

Y ahora se disculpa cuando no tiene por qué hacerlo.

Dios, soy un idiota.

—Tendrás que disculparlo —interviene Eric—. Probablemente va a estar de pésimo humor un buen rato porque acaba de…

—Eric.

Lo fulmino con la mirada. Este niño no sabe cuándo cerrar la boca la mayor parte del tiempo y no necesito que ande ventilando mis asuntos personales frente a una desconocida. Como si el mundo entero no estuviera enterado de que mi relación con Erin terminó. Incluida esta chica, sin duda.

Respiro hondo para recomponerme.

—Encantado de conocerte —intento con un tono más amable, ofreciéndole la mano y una sonrisa sutil—. Te acabas de mudar, ¿cierto?

—Así es —contesta, presionando los labios en una sonrisa tensa —. Al departamento 9A.

—9A —repito.

Así que vive junto a mi departamento vacío en el noveno piso. La idea me divierte. Aun así, controlo ese extraño cosquilleo en el pecho porque tengo tendencia a dejarme llevar por mis impulsos.

No más.

Soy un idiota que, al parecer, no sabe distinguir a las "Erin" del montón. No es que haya tenido mucha suerte saliendo con mujeres que no encajen en ese molde en particular.

—Bueno, nos vemos —dice ella con una sonrisa suave, girándose y levantando una mano para despedirse por encima del hombro—. Que se diviertan.

—Adiós, Billie —dicen Eric y Tobias al unísono.

Asiento.

La pelirroja se aleja, y sin darme cuenta, mi mirada se queda atrapada en la curva perfecta de su silueta, acentuada por unos leggings ajustados que no dejan nada a la imaginación.

—La acompaño, señorita Murphy —dice un hombre alto, de semblante hosco, vestido con traje, que grita «seguridad privada» y

parece querer arrancarme la cabeza de un mordisco al pasar junto a nosotros.

—Guardaespaldas —susurra Tobias, confirmando mi suposición una vez que las puertas del elevador se cierran tras ellos.

—Ah.

No puedo evitar sentir curiosidad por esta chica y por saber quién es. Estoy a punto de pedirles a mis hermanos que me cuenten todo lo que saben de ella, pero en su lugar opto por una pregunta estúpida.

—¿Cómo se llama otra vez?

Su nombre es imposible de olvidar cuando tenemos el mismo, sobre todo cuando le queda tan bien.

Billie Murphy.

—¿Es en serio? —dice Eric, jalándome del brazo para que empiece a caminar—. Es Billie con *ie*. Murphy. Bueno, técnicamente, su nombre es Guillermina.

Eric destroza por completo la pronunciación, y si no fuera por estas últimas semanas, que han sido un infierno para mí, me reiría. Pero no lo hago.

—Guillermina —repito con un leve asentimiento, tomando nota mental de llamar a mi coach de dicción y preguntarle cómo pronunciar bien el nombre. Solo por cultura general, claro.

El elevador llega un momento después y entramos presionando el botón del undécimo piso. Escuchamos a Eric deshacerse en halagos por lo bonita que es, por sus "lindas" pecas y su trasero perfecto.

Alzo las cejas, pero me contengo de poner los ojos en blanco porque el chico tiene razón.

Tobias se ríe mientras lo molesta, diciendo que está fuera de su alcance. Eric insiste en que, si fuera mayor, tendría una oportunidad real de conquistarla.

—¿Pero no les parece raro? —comenta Tobias mientras entramos al departamento, metiendo mi equipaje y cargando las bolsas de papel que Senad dejó afuera— ¿Que no saltara de emoción en cuanto te vio? Ni siquiera se inmutó cuando la conocí antes de que llegaras. Pero yo estaba seguro de que perdería la cabeza al verte.

A mí también me pareció extraño, pero no es raro encontrarse con gente que respeta nuestro espacio personal al conocernos o acercarse a nosotros, aunque no sean la mayoría.

—¿Quién no perdió la cabeza al verte? —dice Lily, levantándose del sofá de la sala donde está sentada junto a mi hermano mayor, Joel. Me abraza y me dice lo mucho que siente cómo terminaron las cosas con Erin. Todos están al tanto de su infidelidad, aunque no sea algo de lo que decidamos hablar abiertamente.

Joel me abraza después y me pasa una cerveza. No es un hombre de muchas palabras, pero el gesto se siente como volver a casa. Aquí es donde debería estar mi enfoque. La familia primero. El trabajo después. Y eso lo resume todo.

—Billie con *ie* —dice Eric, respondiendo a la pregunta de Lily—. Nuestra nueva vecina. No creo que haya reconocido a estos tipos.

—Otra vez la famosa Billie. —Lily se ríe. Probablemente ya ha escuchado a Eric hablar de ella lo suficiente.

—Sí, como no —dice Joel, lanzándose unos cuantos cacahuates a la boca y dejándose caer en mi sofá, con la atención fija en el partido de fútbol en la pantalla—. Que no haya reconocido a Tobias, se lo creo.

—¡Oye! —se queja Tobias.

—¿Pero a ti? —continúa Joel, señalándome e ignorando la protesta de Tobias—. No hay forma de que no sepa quién eres. Seguro se está haciendo la interesante o intentando hacerte dudar. Pero yo no me lo creo.

—Eric, ven a ayudarme, ¿sí? —digo, cargando las bolsas del súper mientras me dirijo a la cocina. Me va a contar todo lo que sabe sobre Billie Murphy sin darse cuenta de que soy yo quien lo está haciendo hablar.

No debería sentir curiosidad por ella. Pero me carcome la idea de no saber si me reconoció o no. La teoría de Joel no es descabellada; podría estar fingiendo.

¿Pero y si no lo está?

Eso sí sería… interesante.

Dios, a veces me detesto.



Resulta que Eric no sabe un carajo. Es solo un puberto caliente con un crush por una chica mayor, lo que intensifica la angustia adolescente ante la idea de que ella esté "fuera de su alcance".

Ha armado un expediente mental sobre ella a base de mirarla mucho y sacar sus propias conclusiones. Todo es pura especulación.

Dijo cosas como: «Su papá es, tipo, importante y así. Por eso tiene guardaespaldas». Y, «Es fotógrafa y va a Parsons».

Y eso fue todo.

Después de cenar temprano, todos nos tomamos unas cervezas, Eric incluido. No soy fan de que beba, pero solo lo hace cuando está con nosotros. Y yo también tuve su edad, así que sé lo que se siente querer tomarte un par de tragos y sentirte adulto. Quiere encajar y conectar con sus hermanos mayores. No lo culpo. Lo dejo ser.

Ya es un poco tarde y eso significa que nos volvió a dar hambre. Me niego a cocinar. Necesito un maldito descanso. Estoy desesperado por tomar un poco de aire fresco.

Decidimos ir a comer pizza. Nuestro lugar favorito está a la vuelta de la esquina. El dueño siempre nos deja entrar por la puerta trasera y nos sienta lo más lejos posible de la entrada. Por lo general, es un lugar tranquilo. Nunca hemos tenido problemas con paparazis mientras comemos ahí. Los empleados son discretos y los clientes suelen ser locales que tienden a mantenerse en sus propios asuntos.

El elevador llega al lobby y salgo, siguiendo a mis hermanos mientras termino los últimos tragos de mi cerveza.

Eric jadea.

Ahí está otra vez… Billie Murphy.

Estamos todos un poco tomados, pero Eric está a punto de perderla.

—¡Billie! —grita Eric y la abraza sin dudar, provocando una expresión incómoda en el rostro de nuestra vecina. Lo dejo ser y

niego con la cabeza soltando un resoplido. Le doy un sorbo a mi cerveza mientras observo su interacción desde cerca.

—Oh… ¡hola! —dice ella, sonriendo con rigidez mientras se aparta del abrazo de Eric.

—Te ves bonita —dice Eric con una sonrisa, y vaya que tiene razón.

El aroma que desprende también es delicioso; las notas de vainilla de su fragancia anterior han sido reemplazadas por peonías, jengibre y cítricos frescos.

—Vamos por pizza. ¿Quieres venir? —pregunta Eric.

Di que sí, pienso para mí, sintiéndome como un idiota.

—Gracias, pero acabo de cenar —responde—. ¿Tal vez en otra ocasión?

—Señorita Murphy.

Otro hombre con traje da unos pasos hacia ella y asiente en nuestra dirección.

—El señor Hill olvidó su cartera en el coche —dice el guardaespaldas. Se la entrega y se da la vuelta, saliendo otra vez del edificio.

Su teléfono vibra cuando guarda la cartera en su bolso y contesta la llamada.

Tobias inclina la cabeza hacia un lado, indicándonos que avancemos. Pero no me he terminado mi cerveza y dejaré que me apresuren.

Levanto un dedo y señalo la botella, usándola como excusa para quedarme un poco más mientras la observo hablar por teléfono con mejillas sonrojadas.

Joder, puede que esté más tomado de lo que creía.

—¿Thomas? … Hola, sí. Aaron acaba de dármela, no te preocupes … ¿Seguro? ¿No necesitas dinero para el taxi? … Ah. Ya veo … Está bien, entonces mañana … Igualmente. Buenas noches.

Cuelga con una sonrisa, dejándome con la duda.

—¿Quién es Thomas? —pregunto, viendo cómo la sonrisa se le desvanece.

—Eh… un amigo —responde con vacilación. Su respuesta sonó más a pregunta. La he incomodado.

Los ojos de Eric se abren de par en par. Casi puedo oír cómo su corazón se rompe en mil pedazos. A mí me parece que lo que sea que hay entre ella y ese tipo, apenas está empezando.

Sé que debería dejarlo ahí y permitirle que se vaya, pero no puedo evitar querer descifrar a esta chica. Así que la provoco, sabiendo que podría arrepentirme después.

—¿Y él deja su cartera para asegurar otra cita? —Me termino la cerveza y la tiro en el bote de basura más cercano—. Astuto el tipo.

Ella resopla.

—No creo que haya sido así.

Frunce el ceño de modo tal que me deja claro que esta chica tiene carácter. Sabe defenderse, pero también es demasiado educada como para mandar al carajo a alguien que acaba de conocer.

—Vamos, Billy, suficiente —dice Tobias, sacándome de mi trance al darme dos toques en el brazo.

La observo y noto la calma y la neutralidad con que me mira. Me dan ganas de tomarla por los hombros y exigirle que deje de fingir. Nadie es tan imperturbable. Nadie me mira así sin saber exactamente quién soy. Necesito que me diga de una vez si lo sabe o no. La duda me carcome.

Las posibilidades…

—Vámonos —dice Tobias—. Perdón, Billie. Buenas noches.

Todos hemos tomado una o dos cervezas de más, pero ¿resulta que Tobias es el más centrado? Por favor.

—Te lo advertí, Billie —se ríe Eric, alzando las cejas—. Va a estar insoportable un buen rato porque está…

—Eric —digo entre dientes. Le paso un brazo por los hombros para callarlo y lo guío hacia la salida porque el chico está borracho y va a empezar a ventilar mis asuntos si no lo detengo.

—Ignóralos —alcanzo a oír que dice Tobias—. Nos vemos, Billie.

Al mirar por encima del hombro, la veo observándonos, así que le hago un gesto de despedida con dos dedos y digo:

—Nos vemos, 9A.

Te tengo en la mira.

Maldita sea, es preciosa.

2

SOLSTICIO DE VERANO

—¡ERIN te está llamando! —grita Tobias desde la comodidad de la sala mientras yo me parto el lomo en la cocina, preparando todo para la celebración del solsticio de verano.

—¡Déjalo que se vaya al buzón! —le grito de vuelta, soplándome un mechón de pelo de la frente.

Erin había estado desaparecida durante semanas. Yo estaba disfrutando la calma de su ausencia. Pero sabe que hoy celebramos el solsticio de verano y, de seguro, quiere que la invite. Debe estar delirando si cree que es una opción.

Normalmente pasamos el fin de semana del solsticio de verano en mi casa de Sagaponack, pero este año no me apetecía. He estado trabajando, bebiendo y saliendo más de lo que debería, y eso me ha mantenido ocupado y distraído.

Aun así, me cuesta priorizar, aunque debería aprender a tomarme más tiempo libre de mi agenda caótica y decir no a los interminables eventos sociales como funciones benéficas, premieres, cumpleaños y *afters*. En algunos de esos mi presencia es obligatoria, pero en la mayoría no.

Dios sabe cuánto amo mi casa en la playa. Es una especie de santuario, pero tengo demasiadas cosas en la cabeza como para dejar todo a un lado e irme un fin de semana completo.

La azotea tendrá que bastar.

A Eric se le ocurrió la "espléndida" idea de invitar a todo el edificio a nuestra fiesta solo para tener una excusa para incluir a su vecina favorita. La mayoría confirmó, incluida Billie Murphy, a quien no he vuelto a ver desde aquel día en que la conocí.

Eric dice que la ha visto varias veces con ese tal Thomas, que todos asumimos que es su novio. Pero ella solo confirmó para una persona, así que todavía tengo mis dudas de que sea algo oficial. Quizá solo están saliendo de forma casual y no es nada serio.

No es que sea asunto mío.

—¡Ahora te está mandando mensajitos! —grita Tobias otra vez.

Lo ignoro y vuelvo a concentrarme en mi lista mental de pendientes. Sabe perfectamente que no debe molestarme con tonterías cuando estoy ocupado en la cocina. Cocinar es mi terapia y no pienso dejar que nadie me interrumpa, mucho menos Erin, que no sabe aceptar un no. No es que haya contestado el teléfono para darle un no definitivo, pero el silencio significa algo. Y ella es lo suficientemente lista como para leer entre líneas.

—¡Dice que un pajarito le contó que este año vamos a pasar el solsticio de verano en la ciudad y que le encantaría pasar a saludar!

Ya estuvo bueno.

Lanzo el cuchillo sobre la tabla de cortar, me enjuago las manos en el grifo y me las seco con rabia con el trapo de cocina que llevo sobre el hombro mientras camino con paso pesado hacia la sala.

—Pásamelo —gruño, extendiendo la mano. Tobias me entrega el celular sin apartar la vista de la televisión. Qué fácil es quedarse toda la mañana en pants viendo deportes hasta que llega la hora de arreglarse para una fiesta. Pero es lo mismo cada año. Me ofrezco a encargarme de la comida y les prohíbo a todos entrar a mi cocina, solo para terminar cabreado cuando veo a todos tirados sin hacer nada.

Lily es la única que realmente ayuda en esta familia. Se encarga de las flores, los muebles y la decoración. Joel tiene la ardua tarea de armar una lista de reproducción, y el trabajo de Tobias es quejarse amargamente cuando cree que hay algo que no estamos considerando. Eric y mis padres son básicamente invitados.

Después de presionar el botón de «bloquear» en el contacto de Erin, lanzo el teléfono de vuelta al sofá.

—Entonces, ¿sí viene? —pregunta Tobias con una risa molesta, echándose hacia atrás con las manos en la nuca. Ese gesto despreocupado me irrita, sabiendo todo lo que me falta por hacer y que no voy a tener ni un minuto para descansar antes de que empiece la fiesta.

—¿Tú qué crees? —respondo con brusquedad, dándome la vuelta para regresar a la cocina. Tengo dos horas para terminar antes de que lleguen los invitados y aún tengo que bañarme, afeitarme y vestirme.

—¡Eres insoportable! —grita—. ¡El próximo año vamos a ordenar comida!

—Sobre mi cadáver —mascullo para mí mismo, sujetando el cuchillo para retomar el picado de eneldo.

No es el tiempo lo que me presiona. Es saber que me vendría bien ayuda, que debería aprender a delegar… pero no puedo. Por dentro puedo estar hecho un caos, pero cuando cocino, mando yo. Y todo tiene que ser perfecto.

Una hora y cuarenta y cinco minutos después, apenas estoy terminando. Lily entra a la cocina, viéndose tan hermosa como siempre.

—¿Lista? —sonríe, observando la comida ya emplatada y cubierta con plástico sobre la encimera de mármol.

—Todo listo. —Dejo el trapo sobre la barra, apoyo las manos en ella y respiro hondo—. Te ves bien.

—Gracias.

Sonríe, pero noto un matiz de simpatía en sus ojos. Sabe que asumir esta responsabilidad es pesado, sobre todo con los invitados adicionales este año. Y aunque mi familia sabe que he estado pasando por un mal momento emocionalmente hablando, Lily es la única que se ha acercado a preguntarme cómo estoy. No es que tenga ganas de explayarme más allá de un “bien, gracias”. Pero aun así aprecio el gesto.

No puedo evitar envidiar a Joel por haber encontrado a alguien como Lily, que no solo es guapísima, sino también cariñosa, amorosa

y auténtica, por el amor de Dios. Eso es raro.

Yo ya no sé cómo confiar en nadie.

—Todo huele delicioso —dice—. Gracias por hacerlo todos los años.

—Claro. Alguien tiene que encargarse. —Asiento y aprieto los labios en una sonrisa breve—. ¿Trajiste el carrito de servicio?

—Sí.

—Déjame ayudarte a llevar esto.

Lily y yo tomamos dos recipientes cada uno y, cuando paso por la sala, Tobias no está por ningún lado.

—¡Tobias!

Sale de su cuarto, ya arreglado y listo para la fiesta.

—¿Podrías ayudar a Lily a subir la comida y a montar la mesa?

Responde con un par de asentimientos rápidos, sabiendo que es lo mínimo que puede hacer. Ya sé que voy a llegar tarde a la fiesta. Pero no me importa que empiecen sin mí. Pienso ducharme con calma y no voy a apresurarme para estar listo. Pueden esperar.



Subo a la azotea con jeans, una camiseta blanca de cuello en V y un blazer azul marino. Con suerte, nadie va a escandalizarse al verme así. Mi familia se toma muy en serio el código de vestimenta y normalmente lo sigo. Pero me siento bien con lo que llevo, así que qué más da.

—¡El chef ha llegado! —grita papá. Levanta su cerveza y hace que todos vuelvan a verme. Se me hace agua la boca al ver su bebida. Necesito una con urgencia para relajarme. Si no, corro el riesgo de estar de mal humor el resto del día.

Miro alrededor. Todos ya están aquí y llegué de último. Veo a la pelirroja sentada con Lily y mi mamá, haciendo coronas de flores. No alcanzo a verle la cara desde donde estoy.

Agarro una cerveza de la barra y me dirijo a su mesa.

—Hola, mamá. —Me coloco detrás de ella y me inclino para besarle la mejilla.

—¡Hola, Billy!

Lily se levanta y me abraza. Nuestra nueva vecina también se pone de pie a su lado.

—9A —digo.

No pienso llamarla Billie. Su nombre es demasiado bonito como para reducirlo a algo tan genérico como el que mi familia usa conmigo. Antes de que pueda reaccionar, me besa en ambas mejillas. Me toma por sorpresa. Se sonroja y no puedo dejar de mirar su cara.

—Ustedes no se saludan con dos besos, ¿verdad? —dice con un tono mortificado. Una parte de mí disfruta verla descolocarse por mi culpa… por fin.

Así que presiono un poco más.

—Créeme —le lanzo una sonrisa juguetona—, no voy a discutir contigo sobre eso.

Sus mejillas se tiñen de un rosa más intenso. Me divierte lo fácil que es afectarla. Por un segundo, eso me recuerda a Astrid y a cómo se sonrojaba conmigo. Me encantaba eso. Aparto el recuerdo y me concentro en mi vecina. Ella se inclina para susurrar: —Acabo de saludar a toda la fiesta con dos besos.

Se cubre la cara, avergonzada. Me hace reír.

—No veo a nadie quejándose.

Le tomo las muñecas con suavidad y aparto lentamente sus manos de su rostro. Aunque sé que no debería tocarla, la naturalidad de nuestra interacción me sorprende. Disfruto lo fácil y entretenido que resulta molestarla.

—No te preocupes —añado—. Está bien. Solo no esperaba que me besaras dos veces.

Su boca se entreabre como si quisiera soltarme una respuesta ingeniosa, pero, en cambio, resopla y no dice nada.

—Listo. —Lily toma la corona de flores con ambas manos y la coloca cuidadosamente sobre la cabeza de Guillermina. No puedo dejar de mirar cómo las flores enmarcan su frente y cómo ese vestido de encaje le abraza el cuerpo en los lugares correctos.

Joder… es adorable.

—Son preciosas —responde ella, apartando la mirada.

—Bonito vestido, Billie. ¿Quieres algo de beber? —Tobias dice de la nada.

Esa es mi señal para irme. Me alejo. No voy a prestarme a la absurda dinámica en la que pareciera que todos le estamos tirando la onda a la pobre chica que, según Eric, ni es soltera. Aunque yo tenga mis dudas.

Conociendo a Tobias, sé que solo intenta ser amable con el cumplido, pero quizás ella no lo interprete así. Algo me dice que realmente no tiene idea de quiénes somos.

Qué increíble sería eso.

Mientras charlo con mi padre y un vecino, observo cómo Tobias le explica a nuestra vecina las opciones de bebidas. Cuando Tobias menciona "spritzer", siento la urgencia de intervenir. No quiero que empiece a tocar mis herramientas de mixología.

Camino hacia ellos, colocándome suavemente entre los dos y digo:

—Yo me encargo.

—Tiene buena pinta —dice ella en voz baja, mirándome mientras machaco distintos tipos de frutos rojos con un mortero de madera.

—Toma.

Le ofrezco el coctel terminado y me alejo para volver con mi padre. Me pregunta por Zara y por qué no vino este año. Normalmente celebra con nosotros. Le explico que la invitaron a una fiesta en Gotemburgo y decidió quedarse en Suecia.

Después de unos minutos, me doy cuenta de que por fin nuestra vecina está hablando de sí misma. Me acerco a la mesa y me coloco detrás de ella sin que se dé cuenta.

—¿Eres modelo? —pregunta Lily.

—No —responde ella con rapidez. Se nota incómoda con la pregunta—. Estoy estudiando fotografía. Mi padre organizó aquel evento en la embajada.

No tengo mucho contexto de la plática, pero igual intento seguirla.

—Entonces tu padre es el embajador de Estados Unidos en Francia —agrega Joel. Todos la miran como si fuera la primera vez que la ven.

—Lo fue durante los últimos cuatro años. —Parece nerviosa al compartir esa información con nosotros. Solo entonces caigo en la cuenta de por qué tiene guardaespaldas… y de que hoy vino sin ellos.

—Eso explica lo del doble beso —digo desde detrás de ella, sobresaltándola. No había notado mi presencia. Pero imposible dejar pasar la oportunidad de molestarla cuando es tan fácil—. ¿París, eh?

—Exacto.

Suelta una risa suave.

—¿Y eres fotógrafa?

Rodeo la mesa con pasos lentos hasta quedar frente a ella. Balbucea al responder. Explica que aún le falta un rato para graduarse.

Se ve nerviosa mientras bebe de su vaso, vaciándolo rápidamente. Pero me contengo de hacerle más preguntas personales. La dejo en paz. Es evidente que se siente expuesta.

—¿Por qué no te traes tu cámara? —propone Lily. Guillermina acepta.

—¿Quieres que vaya contigo? —La pregunta me sale sin pensar.

Tengo tanta curiosidad por saber más de ella que se ha convertido en una comezón imposible de ignorar. Estoy convencido de que no sabe quién soy. Tener la oportunidad de conocer a alguien sin la carga de mi imagen es poco común. Necesito recordar cómo se siente.

El rubor que se le ha subido a las mejillas más de una vez me deja más que claro que mi presencia le provoca. No sé si le gusto, pero al menos debo parecerle atractivo. Puedo trabajar con eso.

—No, está bien —responde rápido, poniéndose de pie.

¿Perdón?

—¡Ohhh! —Eric grita, haciendo que todos se rían. Paso la lengua por mis dientes superiores y niego con la cabeza mientras la fulmino con la mirada.

«No, está bien» no era la respuesta que esperaba. No es como si la hubiera invitado a salir. Ni siquiera recuerdo la última vez que alguien me haya dado un «no» tan rotundo. Un segundo se sonroja y, al siguiente, me manda a volar.

Me descoloca, pero me trago la humillación. Baja por mi garganta como una pastilla seca.

Me mira apenas un instante, pero vuelve su atención a Lily.

—Vamos por esa cámara —dice Lily levantándose. Ella la sigue—. La voy a acompañar antes de que todos la espanten.

Eric se ríe y yo me alejo para agarrar otra cerveza e intentar sacudirme la incomodidad. No estoy lo suficientemente borracho como para que se me resbale. No sé por qué estoy dejando que esto me afecte.

—Sabe quién eres —dice Joel, colocándose a mi lado—. Solo está fingiendo. Jugando contigo.

—Para nada. —Le doy un largo trago a mi cerveza, esperando que mi hipótesis sea cierta—. No me habría dicho que no la acompañara si hubiera sabido quién soy.

—La he visto mirarte un par de veces. Se pone nerviosa al hablar contigo. Créeme… sabe quién eres. —Joel da un sorbo a su bebida —. Solo está fingiendo desinterés para intrigarte y creo que le está funcionando.

Me da una palmada en el hombro y se ríe.

—No estoy interesado y, definitivamente, no estoy… intrigado.

Mentira. Me parece atractiva. Pero niego con la cabeza e intento fruncir el ceño, solo para darme cuenta de que ya lo estaba haciendo.

—Además, Eric insiste en que tiene novio —agrego.

—Eric la ha visto con él, ¿qué? ¿Dos veces? —Joel dice con desdén.

No me está ayudando en lo más mínimo. Pero tiene razón. Está aquí sola un sábado por la tarde. Si estuviera saliendo con ese tipo, lo habría traído, pero no lo hizo. O quizás no es nada serio.

Le estoy dando demasiadas vueltas al asunto. Yo no hago eso. Cuando me gusta alguien, doy el primer paso sin rodeos. Y siempre termina bien.

Después de un momento de silencio, silbo para llamar la atención de Tobias y le hago una seña para que venga, señalando a Eric para que también lo traiga.

—¿Qué pasa? —Tobias le pasa un brazo por los hombros a Eric y le da un trago a su cerveza. Todos ya están un poco entonados.

Yo no. Todavía no.

—Joel insiste en que nuestra vecina sabe quiénes somos, pero está fingiendo lo contrario —les digo, haciendo que Joel asienta varias veces.

—Ay, ¿tú crees? —Tobias frunce el ceño como si no se le hubiera ocurrido antes. Ya había mencionado que se le hacía extraño que no nos reconociera el día que la conocimos.

—Para nada —Eric responde—. No tiene ni idea.

—De cualquier forma —continúo—, crean o no que lo sabe, no quiero que se mencione nada sobre nosotros ni sobre a qué nos dedicamos frente a ella.

—Te gusta —dice Eric, entrecerrando los ojos con sospecha.

No voy a sentirme culpable por querer comprobar el dato solo porque mi hermano adolescente tiene un crush. Según él, tiene novio, así que ¿qué importa?

—Ni siquiera la conozco —digo con desdén—. Solo creo que no sabe y quisiera que eso no cambiara. Así que, por una vez, ¿pueden mantener la boca cerrada?

Todos miramos a Tobias. Sabemos que él es el eslabón más débil de la familia. Y él también lo sabe.

—¿Por qué me miran todos a mí? —se queja.

—¿Puedes hacerlo o no? —clavo mi mirada en Tobias para que entienda que hablo en serio.

—Por Dios. Haré lo que pueda.

—¿Por qué te importa tanto? —Eric gruñe, cruzándose de brazos, confundido y molesto.

—Tengo… —empiezo a decir cuando Joel me interrumpe.

—Porque está harto de que todas las chicas se le lancen encima. Ya ni recuerda lo que se siente ser normal ni lo que es conocer a alguien desde cero. Así que no es una oportunidad que vaya a dejar pasar.

—Iba a decir que tengo mis razones. —Lo fulmino con la mirada, odiando admitir que tiene razón. Casi siempre la tiene—. Así que si ya terminamos aquí, creo que deberíamos entretener a nuestros invitados.

—Iré preparando los shots. —Joel me guiña un ojo antes de alejarse y yo resoplo.

—Yo me encargo de la música —dice Tobias.

—Yo les avisaré a todos —dice Eric, dándose la vuelta para añadir —: La he visto mirarte todo el día. Más te vale averiguar si está soltera o no.

Me da dos golpecitos en el pecho y empieza a caminar hacia atrás.

—¡Hazlo por mí! —grita Eric, presionando sus manos contra su pecho con una risita.



La fiesta continuó. Cantamos, comimos y bebimos. Nuestra vecina más popular estuvo tomando fotos al azar de todos. Al verla capturar a Lily y a Joel con el horizonte de la ciudad de fondo, noto que ella no aparece en ninguna foto.

Por fin estoy lo suficientemente borracho. El ruido mental que me molestaba últimamente se ha silenciado. Disfruto la noche, la música y la compañía.

—Cámara —digo.

Guillermina se da vuelta, confundida. Extiendo la mano y muevo los dedos para señalarle la cámara. Aprieta los labios y me evalúa brevemente antes de decidir si confiarme su objeto más preciado.

Se quita la correa del cuello. Me la cuelgo rápido para mostrar que, aunque he bebido de más, cuidaré su cámara. Eso la calma.

—Lily —digo, haciéndole una seña para que se coloque junto a Guillermina para una foto.

Cuando se acercan y posan, observo la cámara e intento descifrar cómo funciona. Tiene demasiados botones y está en modo

manual.

Mierda. Estoy más entonado de lo que quiero admitir. No puedo ni confiar en mi pulso, mucho menos en mi criterio. Me hace sentir como un idiota.

—Solo presiona el botón plateado —dice ella, soltando una suave risa—. La configuración actual te servirá.

—Claro —murmuro.

Me llevo la cámara al rostro y tomo una primera foto de Lily y de ella. Luego tomo una segunda foto solo del hermoso rostro de nuestra vecina, sonriendo, olvidando que ni siquiera tendré acceso a ese rollo.

Guillermina apenas me ha prestado atención. El pequeño porcentaje de duda que tenía sobre si no sabía quién soy se ha desvanecido, aunque Joel insista en lo contrario.

—No salías en ninguna foto —digo, colocándole de nuevo la correa alrededor del cuello y dejándole la cámara en las manos—. Pero ahora sí.

Apoyo los antebrazos en el barandal y alzo la vista hacia la luna con una sonrisa. Mis sentidos captan las notas dulces de su perfume cuando se acerca.

—Luna menguante. —Me giro para mirarla—. Mi abuela solía contarme historias sobre la luna durante las noches de solsticio de verano en Suecia.

Se coloca a mi lado. Continúo:

—«Fuera lo viejo, que entre lo nuevo», decía. «Deja que el destino siga su curso». Aunque no crea en todo eso, la luna creciente siempre ha sido mi favorita.

Su rostro se ilumina con una sonrisa cálida y genuina. Respiro hondo, intentando reprimir el impulso punzante de deslizar una mano detrás de su cuello y besarla.

Estoy borracho, caliente e incómodamente curioso por esta chica. Me mira como si ella también tuviera curiosidad.

Ya no lo aguanto más.

Soy cualquier cosa menos sutil. Y aun así, algo me hace detenerme. Decido que lo mejor es avanzar con cuidado para no arruinar este momento.

—Tengo ganas de algo nuevo —digo, intentando tantearla. Sus ojos están ligeramente entornados—. ¿Tú no?

El alcohol ya ha hecho efecto en ella, aunque sea casi imperceptible. Sigue viéndose muy compuesta, pero más suelta que cuando llegó hace unas horas.

Sus labios se entreabren cuando me acerco, pero retrocede. Un instante después, la puerta de la azotea se cierra de golpe, haciéndome volver a la realidad. ¿O fue antes? Mierda, la brisa no le hace ningún favor a mi estado.

—¡Ahí estás! —La voz de Erin me raspa los oídos. Cierro los ojos, respiro hondo y avanzo hacia ella. Al pasar junto a la mesa, dejo mi cerveza.

—¿Qué demonios haces aquí, Erin? —escupo entre dientes.

Lo último que quiero es que Erin arme una escena esta noche. No está aquí para tener una "charla tranquila" conmigo. No. Sus ojos arden de rabia. Su ego llegó cojeando detrás de ella al darse cuenta de que la bloqueé.

—No me has devuelto las llamadas, cariño —dice con desprecio, lo suficientemente alto como para que los pocos que quedamos en la fiesta lo escuchemos—. ¿Qué se suponía que hiciera?

No es una conversación que esté dispuesto a tener frente a una audiencia, así que abro la puerta y me alejo, sabiendo que Erin me seguirá.

Mientras bajo las escaleras hacia el piso catorce en completo silencio, intento recomponerme. Hace apenas un instante, estaba en la azotea enfrentando a Erin; ahora, el eco de sus tacones de cinco pulgadas resuena en los escalones detrás de mí.

Estoy a punto de presionar el botón del elevador, pero me detengo. Va a querer bajar a mi departamento. Si la llevo al lobby, podría armar un escándalo o involucrar a los vecinos. Así que me doy la vuelta y cruzo los brazos sobre el pecho. Es mejor hablar aquí y después pedirle que se vaya para poder regresar con mi familia e intentar rescatar lo que queda de la noche.

—Me bloqueaste —dice. Suena más a una pregunta cargada de amenaza, como si quisiera informarme que mis acciones tendrán

consecuencias. Pero la verdad es que hace tiempo dejó de importarme lo que piensa.

—Al parecer no sabes captar indirectas.

Sus labios se abren con sorpresa, pero niega rápidamente para recomponerse.

—Estás borracho. No quisiste decir eso.

—Erin, no sé ni cómo ni por qué te dejaron subir hasta aquí, pero quiero que te vayas.

—Te extraño —dice, dando un paso adelante y tocándome el pecho. Le tomo la muñeca y aparto su mano con toda la delicadeza que puedo—. Sé que me equivoqué, pero ni siquiera me has dejado explicarme.

—No hay nada que explicar —le recuerdo—. Te acostaste con tu coestrella. Varias veces. Me enteré. Es bastante claro.

—¡¿Cómo te atreves?! —resopla Erin, como si lo que dije no fuera la verdad.

—¿Cómo me atrevo? —No puedo contener una risa cínica.

—¿Hay alguien más? —escupe, y yo pongo los ojos en blanco.

Veo a Guillermina acercándose con pasos lentos y cautelosos. Sus ojos están abiertos de par en par mientras evalúa la situación. Preferiría que no presenciara esto, pero no hay forma de que llegue a su departamento sin pasar por el elevador del piso catorce.

—Lo siento —dice con un tono nervioso—. Ya me iba.

—Ah, ya veo —sisea Erin, barriéndola con la mirada llena de desprecio—. ¿Esta es tu nueva mascota?

Esto podría ser perfecto.

Si Erin quiere pensar lo que le dé la gana, no voy a detenerla.

Por el rabillo del ojo veo a Guillermina intentando presionar el botón del elevador, pero estoy en su camino. No soy ajeno a eso. Tal vez aproveche la situación para incomodar un poco a Erin.

—Aquí vive —le espeto a Erin, frunciendo el ceño.

—Qué lindo. ¿Entonces ya se mudó?

Eso fue fácil.

Guillermina parece confundida, pero guarda silencio. Mi trabajo está hecho. Me aparto y la dejo presionar el botón. Seguro quiere irse.

—Eso no es asunto tuyo —añado, sabiendo que solo echará más leña al fuego—. Dejó de serlo hace meses. ¿O necesitas que te refresque la memoria?

—Bueno, he intentado explicarme varias veces, pero no me contestas las llamadas. Sé cómo te gusta hacerte el difícil. —Erin se ríe, intentando montar un espectáculo. Está desesperada por parecer más tranquila y amable, cuando minutos antes estaba atacándome por esto.

Sus dedos suben por mi pecho, buscando provocar una reacción en mi vecina, que parece ansiosa porque llegue el elevador. Pero vuelvo a apartarme de su contacto, con la ira hirviendo por mis venas.

Con un tono más grave y firme, digo:

—No hay nada más que explicar, Erin. Ahora lárgate. —Me doy la vuelta y comienzo a subir las escaleras—. Creo que sabes cómo encontrar la salida.

—¡William! —grita Erin, con la voz cargada de indignación. La ignoro. Por suerte, el sonido de sus tacones no me sigue. Sabe que la cagó, y su orgullo no le permitirá seguir rogando. Seguro que ya se está yendo.

Al volver a la azotea, solo están mis hermanos y Lily. Me preguntan si todo está bien. Les resumo mi conversación con Erin mientras Joel le escribe a nuestro portero para que la elimine de la lista de invitados autorizados. No puedo creer que no se me haya ocurrido antes. Simplemente nunca imaginé que aparecería así, sin avisar. Pero conociéndola, no volverá. No después de esto.

Necesito agua.

Cuando me acerco a la barra por un vaso, veo el estuche de la cámara sobre la mesa. Bebo un buen trago y dejo el vaso a su lado.

—Vuelvo enseguida —digo, tomando el estuche—. Voy a dejársela a su departamento.

Me voy antes de que alguien me convenza de lo contrario. Sé que ir a tocar su puerta no es la mejor idea. No ahora, cuando estoy borracho y con esta rabia atorada en el pecho por culpa de mi ex, además de sentirme atraído por ella. Pero me digo a mí mismo que

también quiero disculparme por haberla incomodado antes con Erin y por las cosas que se dijeron frente a ella.

Por haberla usado para poner celosa a mi ex.

Bajo al noveno piso y respiro la familiaridad del lugar. A menudo pienso en vivir solo. Vivir con Tobias ha sido divertido. Pero ya va siendo hora de mudarme por mi cuenta. Solo que viajo tanto que me resulta agradable pasar tiempo con mi hermano cuando estoy en casa. Nada más de pensar en bajar mi piano dos pisos con una grúa hace que descarte la idea de inmediato. Ni de broma lo dejaría atrás.

Tendría que pasar algo grande para que quisiera mudarme. Tendría que haber una excusa lo suficientemente buena, por así decirlo.

Después de echarme un Altoid de canela en la lengua, abro el estuche y saco la cámara. Me percato de que quedan tres fotos en el rollo, así que tomo tres fotos en blanco sin siquiera quitar la tapa del lente. Luego saco el rollo y tomo uno extra que veo suelto dentro del estuche. Si voy a «tomarlos prestados», lo mínimo que puedo hacer es revelarlos. Lo único que quiero es quedarme con esa foto que le tomé.

Vuelvo a guardar la cámara en la bolsa. Espero que no la abra frente a mí ni se ponga a revisar si falta algo.

Después de tocar dos veces, escucho pasos acercándose.

Abre la puerta, viéndose increíblemente linda, con una sudadera y unos pantalones de pijama largos.

—9A.

Fuerzo una sonrisa.

Sigo tenso tras el encuentro inesperado con Erin, y el alcohol corriendo por mis venas tampoco me ayuda a mantenerme tan alerta como me gustaría. Estoy agotado. Una parte de mí no sabe cómo comportarse con esta chica.

—Olvidaste tu cámara.

Guillermina se ve real. Normal. Es tan refrescante darme cuenta de que no le importa salir a hablar conmigo cuando está a punto de irse a dormir.

O espera…

—¿Te desperté?

—No —dice, dejando la bolsa de la cámara en el suelo a su lado —. Gracias por traerla.

—Siento lo de hace rato. —Frunzo el ceño, pero lo digo en serio. No tenía la intención de incomodarla antes.

—¿Por qué no le dijiste que soy tu vecina? —Cruza los brazos sobre el pecho e inclina la cabeza con curiosidad—. ¿Quién era? Se veía furiosa.

—Mi ex. —Respiro hondo y exhalo despacio—. Supongo que asumió que estábamos juntos.

—Eso es porque no le dijiste lo contrario —replica.

—Bueno, asumió que vivías conmigo cuando le dije que vivías aquí. Así que… le seguí el juego. —Suelto una risa débil, pero se convierte en un suspiro mientras me paso una mano cansada por la cara—. Sé que no es gracioso. Solo se sintió bien tirar un golpe después de lo que hizo.

Entrecierra los ojos. Puedo notar su curiosidad, pero no hace preguntas. Bien. Lo último que quiero ahora es hablar de Erin.

—Espero que no esté esperándome un día de estos afuera del edificio para golpearme —dice en tono de broma.

—No lo hará. Te lo prometo. —Como si los dos tipos que lleva de guardaespaldas fueran a permitir que Erin, o cualquier otra persona, se le acercara.

Incluyéndome a mí.

—Veo que elegiste tus siete flores.

—Ah, sí —dice, mirando por encima del hombro hacia ellas—. Eric dijo que es una tradición para atraer la buena suerte.

Sonrío, niego con la cabeza y me paso los dedos por el cabello.

—¿Eso dijo?

Me pregunto por qué Eric no quiso contarle la verdadera historia detrás de la tradición. Pero lo dejaré así, solo por diversión. Aunque quiero asegurarme de que lo haya hecho bien.

—No funcionan si no las pones debajo de la almohada. —Chasqueo la lengua—. Espero que te traigan buena fortuna.

—Gracias. —Sus mejillas vuelven a teñirse de rosa. Y aunque estoy cansado, quiero seguir hablando con ella.

Sé que es tarde. Sé que debería dejarla en paz. Pero no logro irme.

—No sé cómo llamarte —digo de pronto—. No voy a llamarte Billie.

No puedo.

No quiero.

—¿Por? —Se recarga en el marco de la puerta y suelta una risita adorable.

¿Está coqueteando? Maldición, estoy demasiado borracho para saberlo, pero siento que sí. Su actitud y su forma de ser me vuelven a recordar a Astrid.

—¿Quieres ser el único Billy en el edificio? —agrega.

Porque quiero llamarte de una forma distinta a la que te llama todo el mundo. Algo que no sea lo que mi familia me llama a mí. Algo especial.

Pero no se lo voy a decir. Además, tiene un nombre precioso y creo que tengo el apodo perfecto para ella. Uno que no es Billie.

—Guillermina —pronuncio con calma, sintiéndome orgulloso de mi perfecta dicción. De algo tenía que servir tener a mi coach de pronunciación en marcación rápida.

—Presente.

Cruza los brazos con soltura frente a ella, divertida, aunque puedo ver la sorpresa en su rostro. No sé si es porque pronuncié bien su nombre, cosa que la mayoría seguramente no logra y por eso termina usando Billie, o si le intriga que yo sepa cómo se llama. Pero si es lista, como supongo que lo es, supondrá que Eric me lo dijo.

—Guille —suelto.

Así es como pienso llamarla de ahora en adelante. Pero la sonrisa se le borra del rostro y se muerde el labio inferior.

—Guille está bien.

Me ofrece una sonrisa, pero enseguida noto que algo no está bien.

¿Qué pasa?

—Gracias por traerme la cámara. Buenas noches, William.

Se da la vuelta. Su puerta se va a cerrar en cualquier segundo. No soy ajeno a que no estoy siendo yo mismo en estos momentos por muchas razones. A la mierda. Quiero saber si es soltera. Podría preguntarle, pero hay una forma más rápida de averiguarlo.

En un impulso, le tomo los hombros y la giro tan rápido que no le doy tiempo a reaccionar. Sin pensarlo, me lanzo a besarla.

Mi mano se posa detrás de su cuello, mi lengua se enreda con la suya y no solo la estoy besando, sino que ella me está besando de vuelta. Dios, sus labios son carnosos y suaves y saben a menta y al fruto prohibido más dulce que no debería haber probado.

La sujeto por la cintura y la acerco a mí, y entonces… me aleja con un empujón, y su palma abierta impacta contra mi mejilla.

Carajo, eso estuvo intenso.

Con una media sonrisa, me froto la piel donde acaba de golpearme, intentando calmar el ardor. Puede fingir lo que quiera. Me besó de vuelta.

—No vuelvas a intentar algo así conmigo —advierte, sonrojada hasta el cuello. Respira rápido, mirando mis labios húmedos—. Sabes que tengo novio.

Bueno, eso lo aclara todo. Aun así, me tiene hipnotizado. Es como si me hubiera lanzado un hechizo del que no puedo salir, aunque lo intente.

—Como digas —la provoco—. Parecía que te olvidaste de él por unos segundos.

Sus labios están rosados e hinchados y, de seguro, siguen palpitando igual que los míos.

—Por si no te diste cuenta —dice, furiosa—, te empujé. Eso fue un no.

No puedo evitar soltar una risa.

—No recuerdo que nadie se haya apartado de mí antes. —Sé que sueno como un imbécil, pero no lo digo con la intención de faltarle al respeto. Está alterada porque se siente atraída por mí. Puedo casi hasta olerlo.

Le gustó el beso. Eso lo sé, aunque lo haya detenido en cuanto se dio cuenta de que estaba disfrutándolo.

Y sí, tiene novio. Ahora tengo confirmación verbal. Mi forma de averiguarlo fue de todo menos convencional, pero no sabía con certeza si era soltera.

Ahora ya lo sé.

Mañana me encargaré de las consecuencias emocionales de lo que hice.

—¿Nadie? —responde ella, mordaz—. Eso me cuesta creerlo.

—Nunca. —Sonrío, ganándome un resoplido y un gesto de cabeza, decepcionado, de su parte. No miento. Jamás me habían rechazado así en toda mi vida.

—Bueno, considéralo tu primera vez.

Intenta cerrar la puerta con enojo, pero meto el pie para impedir que me la cierre en la cara.

—Me encargaré del resto de tus primeras veces cuando termines con Thomas —digo a través de la rendija. Ella suelta una risa irritada que me hace sonreír.

—¡Suerte con eso! —Sigue empujando la puerta, intentando cerrarla. Esto es divertido, pero no quiero que la noche termine así.

Maldición, se me fue de las manos.

Soy un idiota.

—Guille, vamos, abre —intento con un tono más bajo.

No voy a disculparme por haberla besado, sobre todo cuando no estaba seguro de si tenía novio o no. Si lo hubiera sabido con certeza, no la habría besado.

Tal vez.

Pero, ¿cómo iba a saberlo? Se ponía nerviosa conmigo, se sonrojaba, me miraba de reojo. Sí, lamento estar borracho y haberla hecho enojar.

Ya ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Hasta aquí llegaste, William.

Aparta mi pie y cierra la puerta. Sonrío al escucharla cerrar los múltiples cerrojos. Es dulce, pero está claro que no es ni sumisa ni dejada.

—¡Nunca! —le grito de vuelta, esperando irritarla aún más. No puedo desaparecer así como así. Yo también vivo aquí. Tendrá que lidiar con mi presencia.

Mientras me alejo, meto las manos en los bolsillos y sonrío triunfante al tocar los rollos fotográficos. Presiono el botón del elevador y me dirigo de vuelta a la azotea.

Lily y Joel son los únicos que quedan cuando regreso.

—¿Por qué te tardaste tanto? —grita Lily desde el otro extremo, con los brazos alrededor del cuello de Joel.

Me sirvo un vaso de agua y camino hacia ellos.

—¿Qué demonios te pasó en la cara? —Lily se ríe, aunque sus ojos muestran preocupación y curiosidad a la vez.

—Resulta que sí tiene novio —digo sin más—. La besé. Me besó de vuelta y luego… me dio una bofetada.

Joel se ríe.

—¡Claro que tiene novio! —Lily niega con la cabeza y tira del brazo de Joel para que se deje de burlar—. Me lo dijo cuando bajamos por su cámara.

—Un aviso no me habría caído nada mal.

—Eric lo mencionó mil veces —me regaña—. Hasta nos dijo que se llama Thomas.

Sí, ya había escuchado el nombre del tipo.

—¡No lo sabía con certeza! —respondo riendo—. Me besó de vuelta.

Me termino el vaso de agua y alzo la vista hacia la luna.

—Ah, eso no lo dudo ni un segundo —se ríe Lily.

—Porque lo sabe —añade Joel.

—No lo sabe —pronuncio cada palabra con exasperación.

—¿No sabe qué? —pregunta Lily.

—Billy cree que no tiene idea de quiénes somos —dice Joel, poniendo los ojos en blanco mientras se recarga en el barandal con los brazos cruzados.

—¿Siguen con eso? No tiene ni idea —dice Lily, haciendo un gesto despreocupado con la mano.

—¡Gracias! —contesto levantando las manos, sintiéndome más mareado que antes. A este paso, no voy a poder mantener los ojos abiertos por mucho tiempo—. Ni una palabra de esto con ella, Lily. Por favor.

Lily se cierra la boca con un zíper invisible.

—Me cae bien —dice—. Mucho. Es una chica muy linda. Y guapísima también.

—Y no está disponible —nos recuerda Joel. Lo fulmino con la mirada de reojo—. Déjala en paz.

—Nunca.

—¿Cómo que nunca? —Se ríe, frunciendo el ceño.

—Solo bromeo.

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias por leer este pequeño relato que hice para ustedes para celebrar los cinco años de *Moonstruck*. ¿En qué momento? El tiempo vuela, sin duda. Les prometo darles algo más largo para leer la próxima vez que publique algo.

Me encantaría conocer su opinión sobre William. ¿Alguno de sus pensamientos sobre Billie les sorprendió? Agradecería muchísimo que dejaran una reseña :)

Mientras tanto, si aún no han leído *Break Point* (romance deportivo YA), esta es su señal para hacerlo. Amo la historia de Belén y forma parte del universo de *Moonstruck*.

Lo puedes ver aquí: https://a.co/d/0hqEbkkO

**Disponible en ingles y español*

Su revés es letal. Su corazón… un desastre. Belén Freeman siempre ha vivido bajo la presión que trae ser un prodigio del tenis. A sus diecisiete años solo se ha dedicado a entrenar, ganar y cargar con el gran legado familiar en el deporte. Pero sucedió, se quebró. Agotada por la tensión de la temporada, Belén perdió algo más que la confianza: su oportunidad de ganar el US Open, la compostura y, en consecuencia, a su entrenador de toda la vida. Está sola, sin un plan concreto, sin guía y sin los patrocinadores necesarios para mantenerse a flote; aun así se prepara para la siguiente etapa. El mundo entero la observa, la familia y sus problemas, los seguidores, los detractores, la competencia, la prensa… y, en especial, el chico que jamás pensó volverse a encontrar: Henry Mitchell. Con un pasado complicado entre ellos y un asiento en primera fila frente al caos que Belén ha intentado esconder, la presencia de Henry es lo último que desea, pero quizá también sea lo único que pueda

devolverle la estabilidad y el consuelo que alguna vez la mantuvo a salvo.

ACERCA DEL AUTOR



Alejandra Andrade es una autora mexicana cuya serie debut, *The Moonstruck Series*, alcanzó el top 10 en Amazon México y llegó al puesto #1 en varias categorías de romance durante las semanas posteriores a su lanzamiento. La edición en español de la serie, *Serie Moonstruck*, fue publicada por Editorial Planeta en México y España, mientras que la edición en español de *Break Point* es su primera novela con Ediciones Urano.

Actualmente vive en Mérida, Yucatán, con su esposo, su hijo y un husky siberiano convencido de que fue enviado por los dioses para gobernar su hogar.

